

José Luis Hoyo A.*

La Universidad y la insurgencia estudiantil

I. *El problema*

Las crisis que han afectado a las universidades nos presentan una serie de variables interferentes cuya complicada madeja se extiende fuera del recinto universitario, alimenta sus raíces en el contexto social e implica al Estado como actor decisivo en el conflicto. No es sino a partir de la problemática de una sociedad determinada, en la que el desarrollo o deterioro económico-social incide en las instancias políticas, que, a su vez, manifiestan características definidas, desde donde podemos analizar el conflicto.

Es cierto que, en la lucha de intereses contrapuestos, las clases hegemónicas o dominantes gozan de una preponderancia que les proporciona gran ventaja sobre los otros grupos o facciones, debido principalmente a su poder económico y a sus estrechos vínculos con ciertas esferas del poder. Pero también es verdad que éste es objeto de presiones y exigencias por parte de vastos estratos sociales cuya proporción y posición estratégica, dentro del proceso de producción, les confiere una fuerza de negociación de no escasa importancia.

Así pues, sería simplismo adjudicar a las clases dominantes el control absoluto de los destinos nacionales. Igualmente lo sería atribuir al Estado el solo papel de ejecutor y salvaguarda de sus intereses. Si en determinadas épocas ha llegado a darse una simbiosis entre ambos elementos, es evidente que cada sector obedece a su propia estructura e ideología interna, a tareas específicas distintas y a presiones diferenciales.

No sería sino dentro del juego específico de clases o fracciones de clases dominantes entre sí y su relación recíproca con el Estado; o sea, dentro de las instancias del "Bloque en el poder", habida cuenta de las exigencias, presiones y reacciones de las otras clases sociales, donde podríamos situar la problemática universitaria en sus distintas mutaciones y variantes.

Para acercarnos a nuestro objeto, es necesario tener en cuenta que la idea clásica de la universidad, la idea liberal encomiada e idealizada desde Hum-

* Licenciatura en Filosofía y Letras en Salamanca, España; estudios de Lengua y Literatura Alemana de Münster y Aachen, RFA; licenciatura en Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad de Lovaina. Cursa el doctorado en Ciencia Política en la FCPS de la UNAM; profesor e investigador del Centro de Estudios Políticos.

boldt a Jaspers; es decir, la universidad concebida como una institución dedicada a la búsqueda y trasmisión de la verdad dentro del marco de una libertad exenta de toda coacción, no se ha dado de hecho sino esporádicamente en la realidad y ha sufrido a través de la historia la influencia de la sociedad y las restricciones del Estado. A manera de conciencia nacional, la universidad ha reflejado, en primera instancia, las tensiones sociales y se ha hecho eco de los conflictos de clases. Por ello mismo ha sido objeto de estrecha vigilancia por parte del Estado, que alternativamente la ha tolerado, integrado o reprimido, fuera de que las clases dominantes han intentado supeditarla a sus intereses.

Un breve repaso histórico del desarrollo de las universidades europeas, norteamericanas y latinoamericanas, nos ilustraría ampliamente estas variables. Baste apuntar que de las universidades han surgido los elementos que más severamente han cuestionado el orden establecido; desde Tomás Moro y Erasmo hasta Schiller y Hegel; desde Marx y Lenin hasta los teóricos revolucionarios contemporáneos; la función crítica de la universidad ha sido ejercida por sus elementos más insignes.

Pero también a la Enciclopedia siguió la universidad napoleónica, con la clara intención de supeditarla a los intereses del Estado y de acallar la conciencia crítica. Fue así que los funcionarios del Estado, los profesionistas liberales adictos al sistema establecido, tomaron a su cargo las cátedras universitarias para impartir la ideología acorde a sus intereses. Al desaparecer el intelectual exclusivamente dedicado al cultivo de la ciencia, la universidad se convirtió en una prolongación del aparato de dominación vigente. Al nacer la sociedad industrial, la universidad fue requerida para la investigación y aplicación de las ciencias al ramo de la producción. Los nuevos hallazgos e inventos en ella germinados fueron aprovechados al máximo para incrementar las ganancias de la burguesía industrial. Una vez más, la universidad se veía obligada a convertirse en reproductora del sistema.

El modelo de la universidad napoleónica tuvo sus prolongaciones en América Latina, mientras que la universidad anglosajona floreció en los países industrializados. Pero en ambas la flama latente de la inquietud crítica nunca llegó a apagarse. Las convulsiones universitarias de México y Argentina, así como los trastornos ocurridos en las anglosajonas en la década de los sesentas, testimonian el ansia perpetua de renovación que se reproduce sin cesar. La universidad sufre, pues, un proceso continuo de cambio.

Pero es necesario apuntar que este papel conflictivo de la universidad está, por gloria o por desgracia, vinculado esencialmente a su misión de búsqueda de la verdad por sí misma. Mientras sus funciones no han amenazado la seguridad del Estado, ha sido tolerada por éste. Mientras sus investigaciones coadyuvaban a la expansión industrial en beneficio de las clases hegemónicas o dominantes, ha sido incluso estimulada. Pero en el momento en que deja de ser funcional para los intereses primordiales del sistema, o cuando su papel crítico inherente transforma ideologías, descubre mecanismos socialmente

irracionales y denuncia sistemas de explotación y de dominación, se vuelve molesta y es atacada en distintos frentes.

En las sociedades occidentales contemporáneas, la universidad se halla incrustada dentro del sistema capitalista imperante; el desarrollo y contradicciones de este sistema han provocado mutaciones dentro de la universidad liberal clásica. El desarrollo industrial, la demanda de cuadros medios y superiores, la masificación técnica, han hecho de ella un centro de reclutamiento de cuadros y un canal de movilidad social. De aquí que las presiones sobre la universidad se manifiesten en sus más distintas instancias, presentándose la contradicción principal entre la conservación de la universidad liberal y la supeditación de ésta a las necesidades de la coyuntura, mientras que las exigencias de los estratos medios se hacen sentir a través del estudiantado, el cual procede de este sector en su mayoría.

De esta manera, el desarrollo o deterioro económico-social de determinada sociedad influye invariablemente en el ámbito universitario, en la medida en que éste constituye una parte vital del sistema. De hecho, si observamos el contexto europeo, los problemas universitarios se dieron en los tres países más importantes del Mercado Común: Alemania, Italia y Francia, cuyo proceso de integración y racionalización exigía, en la década de los sesentas, un aprovechamiento máximo de sus recursos y la coordinación de los mismos.

Es así que destacados hombres de empresa de estos países se manifestaron a favor de la "modernización" de la universidad, en el sentido de adaptarla a las necesidades de la producción y de la industria. El Estado recogió esta corriente que se manifestó a través de planes educacionales tendientes a racionalizar y aprovechar al máximo los recursos materiales y humanos empleados en la universidad. Nacieron los planes Dahrendorf y Fouchet, en Alemania y Francia, respectivamente; ambos tendientes a limitar el ingreso a las universidades y a controlar la "producción" de profesionistas según las necesidades del mercado. Huelga hacer referencia al carácter tecnocrático de tales planes, donde las disciplinas humanísticas quedaron relegadas a segundo rango, mientras que se estimularon las carreras técnicas y administrativas, al tiempo que se aprovecharon los recursos humanos sobrantes para cubrir carreras intermedias.

Por otra parte, el profesorado conservador se opuso a tales medidas, tendiendo a preservar los valores tradicionales de la universidad y dispuestos, únicamente, a introducir reformas de manera paulatina y a largo plazo. Está de sobra decir que ciertas estructuras jerárquicas de carácter feudal de las universidades europeas, el autoritarismo y aislamiento de los profesores que contrastan con el estilo de las universidades latinoamericanas, los anacrónicos planes de estudio y las disciplinas tradicionales, hacían necesaria una reforma universitaria, pero no necesariamente en el sentido deseado por el Estado o por los grupos estudiantiles más radicales. De tales tendencias se resintió el medio estudiantil, el cual se juzgó objeto de maniobras políticas y de regateos empresariales al margen de su consentimiento. Por último, el deterioro político-social repercutió determinantemente en el ámbito académico.

En Estados Unidos y en Europa, por ejemplo, el fin de la "guerra fría" y la agresión imperialista en Vietnam, fueron factores determinantes de la protesta estudiantil. En efecto, al desaparecer la amenaza del "peligro comunista", desapareció el control político ejercido por tal ideología, de forma que la juventud tuvo entonces la oportunidad de volcarse sobre su propia sociedad y poner en tela de juicio los valores democráticos occidentales. La discriminación racial en los Estados Unidos, puso también de relieve la desigualdad real de los individuos ante la ley; la agresión al pueblo vietnamita, en nombre de los valores occidentales, descubrió los intereses de la gran industria vinculada al Pentágono; las mentiras oficiales del Departamento de Estado hicieron dudar a los jóvenes de la legitimidad de las instituciones. En consecuencia, se formó en Berkeley la "Asociación por una Sociedad Democrática" (SDS), cuyas exigencias iban, en un principio, dirigidas a obtener el cumplimiento estricto de las libertades democráticas. Tal movimiento se radicalizó a medida que los estudiantes comprobaron la enorme discrepancia entre los principios oficialmente consagrados y su aplicación real. En todo Occidente, esta falta de autenticidad concurrió en gran medida al descontento estudiantil, lo cual podría sintetizarse en la contundente constatación de Rudi Dutschke, líder carismático del movimiento estudiantil alemán:

Ninguna teoría abstracta de la historia nos ha unido; nos une la náusea existencial frente a una sociedad que habla de libertad y que proclama los derechos y necesidades del individuo, mientras que por el otro lado reprime brutalmente la emancipación de los pueblos que luchan por ella.

Pero, ¿cuál es la ideología del movimiento estudiantil? Aquí podríamos hablar más bien de una mezcla de ideologías: en Berkeley y en las demás universidades norteamericanas, en los sesentas, fueron los principios liberales los que se defendieron a ultranza. En Europa, por lo contrario, podemos hablar de una *eclectica* izquierdista-liberal: girando en torno del marxismo-leninismo y de las libertades democráticas, pudiéndose observar posiciones o mezclas de tendencias ideológicas que van desde el anarquismo hasta las más depuradas posiciones liberales, pasando por toda la gama del marxismo-leninismo y variando la preponderancia de ciertas tendencias sobre otras, según las etapas por las que pasa el movimiento.

Así, en Berlín hubo posiciones tan anárquicas como las de los "comuneros", que experimentaron nuevas formas de convivencia humana y que se caracterizaron por su actitud provocativa hacia todo lo establecido, hasta la participación de las juventudes de los partidos socialdemócrata y liberal. En París, junto al grupo anarquista de Cohn-Bendit, hubo la participación activa de elementos trotskistas e incluso de jóvenes disidentes del Partido Comunista. En Italia, finalmente, pudieron observarse las efigies de Mao, Marx y Marcuse en las pancartas estudiantiles.

Herbert Marcuse, quien poco antes de los sucesos escribiera su libro *Tolerancia represiva*, contribuyó en gran manera a proporcionar un cuadro de

referencia a las distintas tendencias existentes, al tiempo que provocó las controversias más acaloradas. Su análisis crítico de la sociedad industrial contemporánea hizo despertar la conciencia crítica, tanto en los Estados Unidos como en Europa, con excepción habida de Francia. No en vano en Norteamérica se le adjudicó el mote de "filósofo de la destrucción". El filósofo germano-norteamericano no hizo más que propagar en Occidente las ideas de la escuela crítica-negativa de Francfort, entre cuyos miembros más destacados —Adorno, Habermas, Horkheimer— se contaba él mismo.

Las teorías de la Escuela de Francfort dominaron entre las distintas tendencias ideológicas del movimiento estudiantil alemán. Nacida en pleno auge del nacional-socialismo, su función fue abiertamente crítica hacia este sistema, por lo que tuvo que refugiarse en Suiza y los Estados Unidos. Habiéndose distanciado del dogmatismo estalinista, la Escuela de Francfort retomó el método hegeliano para aplicarlo al análisis concreto de la sociedad industrial contemporánea. Los frutos de esta escuela aún están por valorarse críticamente, pero su contribución a la teoría sociológica pueden calificarse, en todo caso, como una contribución de valor innegable para el desarrollo de la ciencia marxista.

A partir de tales referencias podemos valorar el movimiento estudiantil en su conjunto. Minimizado en un principio como reacción secundaria, minoritaria y pasajera, sus dimensiones tomaron tales proporciones que han preocupado seriamente al Estado y a los círculos dominantes, quienes han lanzado contra éste la represión, la manipulación y la cooptación en sus más distintas variantes. Si bien en la actualidad el movimiento parece haber dejado atrás su etapa heroica y haberse enfrascado en una inoperancia sectaria, sus proyecciones han sido, sin duda, de amplitud nacional y no puede descartarse su presencia en el futuro. Desde Oriente hasta Occidente, a través de cuatro continentes y en más de veinte naciones, independientemente de sus sistemas políticos, los estudiantes han dejado oír su voz de protesta contra el sistema establecido, impugnándolo en su totalidad o en sus distintas esferas.

Podría preguntarse por qué es precisamente la universidad y no otra instancia social el lugar en donde viene a aflorar el descontento social. Para ello hay que tener en cuenta que esta institución, a la cual la sociedad ha confiado la misión de buscar, conservar y perpetuar los conocimientos, cobija entre sus aulas un mundo juvenil que está en contacto permanente con la información cultural, científica y noticiosa; que participa del espíritu crítico de la universidad y que, en su inmensa mayoría, carece de intereses creados. Es, además, un grupo fácilmente accesible y comunicable y, en general, participa del espontaneísmo y entusiasmo propios de la juventud. Por otra parte, la autonomía, que en mayor o menor grado les es concedida a las universidades, proporciona a los estudiantes cierto margen de libertad y de seguridad. Todo lo cual concurre a que, en mayor grado que cualquier otro grupo, el mundo estudiantil escape al control social, convirtiéndose así en portavoz de exigencias latentes que difícilmente podrían aflorar por los canales establecidos de comunicación política. La universidad se ha convertido en válvula

de escape de tensiones sociales y en reducto, donde las libertades de reunión, expresión y organización, se dan en su grado máximo.

Dentro de los recintos universitarios los estudiantes activos tienen la oportunidad de ejercitar con los mejores resultados las labores de proselitismo y de politización. En primer lugar, se trata de un público estudiantil, en cierta medida homogéneo y fácilmente accesible, al cual se puede organizar rápidamente por concentrarse, casi a diario, en el recinto académico. Dutschke se jactaba de poder lanzar de un día para otro tres o cuatro mil estudiantes a manifestar a la calle, y retaba a cualquier partido político de Alemania a que hiciera lo mismo; lo cual nos indica la relativa facilidad de movilización del estudiantado en comparación con otros sectores sociales. La libertad académica, y el amplio tiempo disponible, les permite a los estudiantes concurrir a asambleas y mítines donde escuchan los argumentos de sus camaradas activistas, discuten e intercambian ideas, y se solidarizan con ellos sobre todo en la etapa de movilización. Paulatinamente tiene lugar un cambio ideológico en el sector estudiantil a medida que la represión y el contexto social parecen corroborar las afirmaciones de los líderes en relación al Estado capitalista opresor y a la injusticia económico-social.

Los movimientos estudiantiles ocurridos en los países capitalistas avanzados durante la década de los sesentas, acusan una escalada de la protesta que puede diferenciarse en cuatro etapas sucesivas y distintas:

1. *Conflicto universitario*

Protesta contra las autoridades académicas, las prácticas administrativas, la enseñanza tradicional y demanda por la participación estudiantil en la administración o en las decisiones universitarias.

2. *Etapa heroica*

La protesta estudiantil trasciende el *campus* universitario y el movimiento se enfrenta, directamente, al Estado. Es la etapa de las grandes manifestaciones y mítines en las calles, de los enfrentamientos con la policía y de la represión violenta por parte de ésta. Los estudiantes creen por momentos poder desencadenar el cambio social. El movimiento estudiantil vive sus momentos heroicos de lucha. La liberación del Tercer Mundo es el caballo de batalla. Cunde el narcisismo revolucionario.

3. *Repliegue a la universidad*

Después de haber constatado su impotencia frente al Estado, los jóvenes regresan al recinto universitario. La crítica se prolonga al sistema político

social en su conjunto, sobre todo en su carácter imperialista. Proliferan los análisis y críticas sobre el sistema capitalista. La lucha se reduce a una polémica ideológica. La institución universitaria se convierte en el blanco de ataques preferido. Se considera a la universidad como prolongación del sistema. Aparecen, en consecuencia, los proyectos alternativos a la universidad liberal (universidad crítica) o proyectos de reforma universitaria: autogestión, gestión, etcétera. Las salidas a la calle son cada vez más esporádicas.

4. Atomización y desintegración

Los signos de derrotismo y de desaliento se hacen patentes. El movimiento se fragmenta en numerosos grupúsculos de distinto signo revolucionario: maoístas, trotskistas, anarquistas, células rojas, marxistas-leninistas, etcétera, todos igualmente inoperantes. La masa estudiantil es cada vez más difícil de movilizar. Cunden la apatía y la despolitización. Los más lúcidos se integran a partidos políticos de izquierda o tratan de integrarse en bases sociales más amplias. Los desesperados optan por prácticas suicidas: aparecen los grupos anarquistas que pretenden sacudir al sistema mediante prácticas terroristas (Grupo Baader-Meinhof, "maos" italianos). Después de algunas reformas académicas consentidas o propiciadas por el Estado, la universidad vuelve a la calma...

En la primera etapa, o sea, al surgir el conflicto en el recinto universitario, el movimiento es de proporciones reducidas y las críticas aisladas. La insurgencia crece y gana adeptos a medida que se difunde el descontento, frecuentemente atizado por actitudes intolerantes de las autoridades académicas. Los primeros mítines y *happenings* ganan simpatías para los activistas. Son frecuentes las prácticas de "violencia suave": ocupación de salones, *sit-ins*, etcétera. Es intensa la propaganda ideológica. Las autoridades universitarias, incapaces de analizar el fondo del problema, no logran dar respuesta adecuada a la insurgencia estudiantil, que opta por medidas más drásticas.

En la etapa heroica: durante la fase de enfrentamiento directo con las autoridades civiles, existe una gran solidaridad entre el elemento estudiantil. Las diferencias de los grupos se ven atenuadas ante el apremio del enemigo común. El espontaneísmo rinde, en esta etapa, sus mejores frutos, ya que el sistema se ve sorprendido, irritado y confundido por las acometidas e improvisaciones estudiantiles donde la imaginación ofrece sus mejores frutos. De ordinario el Estado carece de instrumentos legales para reprimir el movimiento, ya que éste suele moverse dentro de los límites de la legalidad, sin violar abiertamente el orden establecido, cubriéndose de la represión legitimada, por un lado, y atrayendo sobre sí la atención del público, por el otro: ciertos sectores (intelectuales, liberales, etcétera), según el país concernido, suelen solidarizarse con los estudiantes rebeldes, si bien a prudente distancia de los mismos. Éstos, por su parte, a pesar de su mejor voluntad por establecer una comunicación más amplia, encuentran escasa recepción por parte de los tra-

bajadores o estratos medios. Ello se debe, principalmente, no sólo al uso de un lenguaje convencional incomprensible para estos últimos, sino a la escasa o nula comunidad de intereses. Sin embargo, el movimiento no deja de ser peligroso para el sistema en la medida en que la agitación estudiantil puede contagiar a otros sectores con reivindicaciones pendientes, convirtiéndose así en la mecha de un peligroso polvorín. Los acontecimientos de mayo del 68, en París, nos ilustran abundantemente este contexto:

La Francia reconstruida y floreciente a la sombra de De Gaulle, había acumulado su riqueza nacional gracias a la sobreexplotación de la clase trabajadora y de los estratos medios. La brecha entre el poder adquisitivo y el costo de las mercancías se hacía cada vez más profunda. Las reivindicaciones populares habían sido contenidas bajo la promesa de mejores tiempos y enarbolando la bandera de la colaboración de las clases por la grandeza de Francia. Pero la propaganda ideológica no podía compensar por mucho tiempo las necesidades reales de los trabajadores; el chispazo de mayo hizo que los obreros desbordaran a sus cuadros sindicales y que éstos, muy a su pesar, siguieran tras ellos para no perder el control sobre sus propias bases. El movimiento estudiantil de Francia duró tanto cuanto lo determinaron la poderosa CGT y los sindicatos independientes. Una vez que estos organismos llegaron a un acuerdo con el gobierno, el movimiento perdió toda base de apoyo y se desmoronó por sí solo.

El espontaneísmo proporciona simultáneamente al movimiento estudiantil su máxima eficacia y su inoperancia ulterior. En su segunda fase, logra penetrar los huecos de un sistema inatacable de frente, como observara Habermas. Al abrigo de un régimen de derecho, se utilizan las libertades democráticas para combatir al régimen; se le provoca para desatar la represión y dejar así al descubierto su carácter autoritario y represivo; se desenmascara, en fin, la democracia burguesa, dejando en evidencia su intolerancia ante las minorías.

Pero una vez pasada la euforia heroica, la falta de institucionalización hace que el movimiento se desmorone en varios grupos y facciones de grupos en pugna verbal continua y cada vez más distintas entre sí. Toda planeación conjunta se hace prácticamente imposible; la iniciativa decae y las facciones se refugian en un pugilismo ideológico donde la imaginación viene a suplir la actividad política concreta. Se pierde, además, toda visión de conjunto, los individuos se enclaustran en su grupo y frecuentemente la realidad los sobrepasa, dejándolos indefensos ante la reacción organizada del Establecimiento. Los estudiantes más conscientes parecen darse cuenta de algo que a sus colegas anarquistas no les es visible: que la sociedad se acostumbra a sus *happenings*, que las asambleas pierden su carácter de comunicación política para convertirse en espectáculos polémicos, que la base de apoyo se reduce y que el interés decrece. El mundo estudiantil vuelve, paulatinamente, a sus cauces tradicionales a pesar de que los líderes traten de reavivar el romanticismo revolucionario del pasado inmediato.

Ante tal situación, es necesario admitir que las tácticas envejecen, que los métodos se desgastan, que las iniciativas se agotan. La imposibilidad de encua-

drar institucionalmente un elemento tan móvil y divergente como el mundo estudiantil, cuya estancia en el *campus* universitario se reduce a cinco años en promedio, y cuyo compromiso ante determinado grupo activo es aún más transitorio, hace dudar de la efectividad política del estudiantado. Estos problemas llevaron al SDS alemán (*Unión de Estudiantes Socialistas Alemanes*) a disolverse en cuanto grupo, alegando que habían cumplido su etapa histórica y que la lucha debía ser continuada en otros campos y con otros medios. Uno de estos medios había sido ensayado con la creación de los "Clubes Republicanos", en los cuales los profesionistas egresados de las universidades tienen la posibilidad de encontrar a sus antiguos compañeros de lucha e intentar una continuidad en la acción.

La táctica de esta acción fue la "larga marcha a través de las instituciones", preconizada por Dutschke. Distanciándose del reformismo, los estudiantes alemanes se propusieron infiltrar organizadamente las instituciones públicas y privadas, los partidos y organizaciones para, después de apoderarse de ellas, transformarlas a favor de los intereses populares o dado el caso destruirlas desde el interior.

Se ha hablado mucho sobre los móviles inmediatos de la protesta estudiantil. Es cierto que una minoría selecta es la que logra organizar y dirigir al resto de los simpatizantes, pero también es cierto que la masa de éstos no logra captar, sino parcialmente, las ideas del movimiento, ni en manera alguna coincide con los planteamientos más radicales. Su descontento habría que buscarlo en agentes perturbadores de carácter social más general, como barreras en la prosecución de los estudios, estrechez del mercado de trabajo, carencia de oportunidades y aspiraciones de movilidad social.

Distintas son las caracterizaciones que han pretendido darse al mundo estudiantil. Algunos, en la euforia revolucionaria, no han reparado en calificarlo de "clase estudiantil". Nosotros preferiríamos situarlo dentro de una categoría social que abarca los cuadros en formación requeridos por la sociedad industrial moderna y que se reclutan entre distintos estratos y clases sociales, con preponderancia de los medios. La inestabilidad de este grupo está determinada no sólo por la incertidumbre de sus expectativas a futuros, expuestas continuamente al riesgo de los exámenes y a factores de inestabilidad económica, sino también por la ausencia de una identificación social, por la ausencia de intereses creados —los estudiantes no tienen nada que perder más que su inseguridad ante el futuro— y por la carencia de canales institucionales a través de los cuales hacer valer sus exigencias concretas. El tutelaje a que estaban sometidos bajo la organización tradicional de la universidad europea, a su vez íntimamente vinculada al Estado, no hizo más que alimentar la rebeldía estudiantil. La válvula de escape fue abierta por medidas unilaterales tomadas por las autoridades universitarias en momentos en que la participación estudiantil en tales decisiones era ineluctable. Así, por ejemplo, en Alemania, el descontento latente estalló al ser introducido el *Numerus clausus* en las facultades de Derecho y de Medicina en la Universidad Libre de Berlín. Se atizó igualmente el descontento al implantarse, en la misma universidad, la

exmatriculación obligatoria una vez que el estudiante absolviera cualquier carrera iniciada en la Universidad. En Francia las nuevas reglamentaciones del Ministerio de Educación, implementadas por el Plan Fouchet, que ponían mayores trabas a la ya de suyo ardua carrera académica, exasperaron los ánimos estudiantiles que luego se volcaron a las calles en mayo.

No dudamos de que tales medidas hayan sido tomadas por el Estado en vista a la planeación de los recursos humanos bajo el frío cálculo de insumo-producto. Pero la insurgencia estudiantil vino a probar que el elemento humano no puede ser tomado como una simple variable económica. Fue también un error de cálculo sobre el elemento humano lo que determinó la derrota de los Estados Unidos en Vietnam.

No es tampoco gratuito que en uno de los primeros documentos de Nanterre se planteara el problema del mercado de trabajo para los sociólogos (*Pour quoi des Sociologues?*). La preferencia dada en el Mercado Común Europeo a las carreras técnicas en detrimento de las humanísticas estaba ciertamente acorde con el desarrollo industrial de posguerra. Pero significó, también, un ataque directo al cultivo de estas ciencias y la marginación de profesionistas no directamente vinculados a la producción industrial. Los estudiantes salieron justamente en defensa de los valores humanísticos, aguijoneados por el fantasma de la desocupación futura.

Por último, habría que tomar en cuenta el problema de la proletarianización de los intelectuales, de la que nos habla Mandel, problema que podría ser completado con la proposición de Davis, según la cual el descontento revolucionario puede originarse como resultado de un periodo de grandes esperanzas seguido de otro inmediato en el cual éstas son frustradas. En efecto, por una parte, las profesiones liberales se han visto cada vez más desligadas de su concepción tradicional debido al desarrollo de la sociedad industrial. Los médicos y abogados, egresados de las universidades, tienen cada vez menos probabilidades de establecer consultorios o bufetes independientes, se ven precisados a trabajar para clínicas o compañías donde perciben un salario fijo a cambio de sus servicios. Por otra parte, los profesionistas, en general, salvo aquellos que logran escalar puestos claves dentro del sistema, ven frustradas sus aspiraciones de ingresos y de *status* social, a causa de esta masificación del trabajo profesional.

Todo ello provoca un descontento general en los estratos medios donde suele reclutarse la mayor parte del estudiantado. Tal descontento provoca a su vez una reacción refleja entre los estudiantes, que se expresa en el rechazo previo de una situación futura hacia la cual se camina irremediablemente y que no es nada halagadora. Además del peligro de caer en las condiciones lastimosas del proletariado académico, que no sólo indican un inmenso desperdicio de recursos, sino de fracasos personales. Weber habla en este sentido sobre la acción social en previsión de situaciones futuras.

Por otra parte no habría que olvidar que si son las condiciones del *campus* universitario lo que facilita la comunicación y organización estudiantil, también este mismo recinto marca las fronteras con el mundo exterior, donde el

terreno es más movedizo y de donde no pocos movimientos han tenido que replegarse nuevamente hacia la universidad. En efecto, los estudiantes que no tienen otra cosa que oponer al Estado más que sus manifestaciones y mítines, en los enfrentamientos callejeros tienen finalmente que ceder ante la represión organizada, más fuerte que la resistencia estudiantil. En esta etapa crítica, en que los estudiantes comprueban su inferioridad absoluta en el choque frontal con el Estado, la masa estudiantil desiste de la lucha abierta y converge nuevamente sobre la universidad. Sólo aislada y esporádicamente algunos elementos recurren al terrorismo clandestino como solución desesperada que, finalmente, resulta estéril, ya que obran aislados y sin ninguna probabilidad de éxito; además de que proporcionan al régimen los argumentos legales necesarios para proceder de forma más severa.

Hemos apuntado que el movimiento se inicia en el recinto académico, traspasándose para enfrentarse al Estado y replegándose nuevamente en el primero para diluirse finalmente dentro de él. Es en la tercera etapa cuando la universidad se convierte, otra vez, en blanco de las críticas estudiantiles y en sustituto del cambio frustrado; por ello los proyectos de "Universidad Crítica", "Autogestión" y "Cogestión" toman actualidad, viéndose la universidad atezada entre las exigencias de la izquierda radical, las ingerencias del Estado y las presiones de las clases dominantes, sin excluir el contrataque de los grupos derechistas. Por parte de los estudiantes descontentos se han manejado consignas que van desde las más antintelectuales, como la de "destrucción de la universidad", hasta los proyectos arriba mencionados, que al minar las instituciones universitarias ponen en peligro la supervivencia misma de la institución. Veamos sus distintas manifestaciones y modalidades.

La "Universidad Crítica" significó una primera reacción anárquica contra la universidad tradicional, la cual fue considerada por los activistas como un apéndice del Estado burgués. Por ello se creyó necesario crear una anti-universidad que estuviera "al servicio del pueblo y para el pueblo". Aparte de esta definición, el proyecto no aportó nada concreto fuera de la crítica sistemática e irrestricta contra todo lo establecido, algunos estudios coyunturales y un proselitismo político. Siendo un proyecto utópico, desligado de la realidad, la "Universidad Crítica" no tuvo sino una vida efímera en todos los planteles donde se impuso. Nacida de la revuelta estudiantil de Berkeley, en 1964, terminó refugiándose y pereciendo en los suburbios de la ciudad. Fue retomada, sin mayor éxito, en algunos planteles europeos; en todo caso ha sido manejada más bien como consigna de lucha que como proyecto viable.

La "Autogestión", en su versión primitiva, que floreció particularmente en Italia, o sea el proyecto de una universidad regida y administrada exclusivamente por los estudiantes, donde los profesores quedarían relegados al papel de meros prestadores de servicios, huelga decir que no pasó de ser una utopía. Inspirada en las ideas sindicalistas ("La fábrica de los obreros —la Universidad para los estudiantes") contó incluso con la reprobación de los activistas moderados, quienes consideraron el peligro de ser absorbidos por el asambleísmo y por las tareas académico-administrativas, quedándoles escaso tiempo

para el aprendizaje y la labor crítica. Además de que tal proyecto, por su carácter radicalmente opuesto al sistema imperante y por su índole de instrucción política dirigida contra éste, no podría caber dentro de los límites de tolerancia del sistema. Estaba condenado al fracaso.

Sin embargo, la idea de la cogestión estudiantil parece haber alcanzado ciertos logros. Nacida de la legítima aspiración estudiantil de participar en las decisiones universitarias, en la medida en que las determinaciones tomadas por la dirección les conciernen directamente a ellos como partícipes de la comunidad académica, la cogestión ha tomado distintas modalidades. Como apuntamos arriba, fue la imposición autoritaria por parte de las autoridades académicas de las tradicionales universidades europeas, uno de los motivos inmediatos que ocasionaron la rebelión de los jóvenes. En una época en que los estudiantes permanecen durante el mayor tiempo en las aulas por motivos de especialización, llegando a la madurez dentro del recinto universitario, se les venía tratando casi como a escolares, sin tomar en cuenta sus aspiraciones. De aquí que la reacción estudiantil asumiera, al principio, un carácter violento contra cualquier género de autoridad.

En Berlín y Hamburgo se dieron interesantes experiencias de cogestión universitaria. La organización patriarcal de tales universidades dio paso a la administración académica dirigida por un organismo tripartito compuesto por estudiantes, asistentes, profesores adjuntos y titulares. Se volvió a la representación conjunta de la comunidad académica, bajo organismos institucionales capaces de equilibrar los diversos intereses universitarios para mantener la continuidad del trabajo académico. Con todo, las universidades alemanas no han logrado sacudirse el tutelaje del Estado, que aún mantiene su derecho de veto sobre el otorgamiento de cátedras (veto que le fue aplicado hace tres años a Ernest Mandel, en Berlín, profesor que sustentó libremente varias conferencias en los cursos de Invierno de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM) y que sigue teniendo ingerencia en las reglamentaciones universitarias.

En París, los estudiantes no lograron conquistar la cogestión, como sus colegas alemanes, debido en parte a su desorganización y a sus planes utópicos. Fue más bien el Estado el que integró el movimiento del 68 al dictaminar la ley Faure, que, explícitamente, concedió a algunas dependencias una descentralización administrativa, autonomía académica y participación de los estudiantes en la administración, de forma que ésta quedó compuesta por el personal docente, estudiantes y representantes del gobierno. Los vínculos con el Ministerio de Educación quedaron intactos, y éste se reserva, en última instancia, la distribución del presupuesto y el control de los procedimientos académicos.

La Ley Faure se ha implantado en la experiencia de Vincennes, la cual ha atraído a gran número de estudiantes y profesores activistas, quienes vieron la posibilidad de instaurar los requerimientos estudiantiles del 68. Sin embargo, tal experimento se ha manifestado como un arma de doble filo: si bien en Vincennes los obreros y demás grupos desfavorecidos tienen acceso a

la universidad, y los estudiantes intervienen en la programación de los planes de estudio en forma decisiva, también es cierto que los elementos disidentes han sido eliminados del resto de las facultades. Por otra parte la división de los grupos de izquierda ha conducido a verdaderas luchas civiles dentro de la unidad, ocasionando una peligrosa parálisis de la institución. El fracaso de la experiencia de Vincennes no conduciría a otra cosa que a confirmar los supuestos de los grupos más retardatarios de la sociedad: o sea el rechazo a la innovación, la restricción del acceso a las universidades y la despolitización del estudiantado. Huelga decir que los títulos otorgados por Vincennes no gozan del reconocimiento oficial.

Hay que añadir, además, que la masificación de la enseñanza ha dado paso a los centros de investigación y de estudios superiores, donde la élite puede dedicarse tranquila a las labores académicas, al margen de la agitación política estudiantil.

Podríamos preguntarnos sobre la influencia que los movimientos estudiantiles han tenido en la sociedad actual. Hemos visto cómo el movimiento logra romper las estructuras jerárquicas tradicionales de las universidades, abre una brecha ideológica para el mundo juvenil y hace surgir los problemas sociales latentes, incluyendo la posibilidad de movilizaciones más amplias. Sin embargo, no puede soslayarse que provoca reacciones negativas que parecen confirmar la tesis de Theodor W. Adorno, según la cual todo intento revolucionario fallido conduce inevitablemente a un reforzamiento del sistema y a un recrudecimiento de la represión. Ello ha sido demostrado no sólo en las contiendas civiles de la Francia del siglo XIX, sino en el movimiento estudiantil, que parece provocar a su vez un endurecimiento de las instancias de dominación y de represión. El Estado aprende en la contienda a manipular y a reprimir el movimiento. Es cierto que aquél monopoliza la violencia, pero la solución pacífica de los conflictos sigue siendo su carta de legitimidad democrática y no puede excederse sin peligro de perder consenso por parte de amplios sectores. Es por ello que las exigencias de "paz y orden", instancias de las que únicamente y exclusivamente es responsable el Estado, se ven aplicadas, institucionalmente, en el dictamen de nuevas leyes represivas o en la reglamentación de las mismas en tal sentido.

Podemos observar que en Alemania, a raíz de los movimientos estudiantiles que agitaron al país en todas sus dimensiones, fueron promulgadas las "leyes de excepción", leyes que otorgaron poderes al gobierno federal para utilizar a discreción la policía y fuerzas armadas de todo el país en situaciones consideradas críticas, como las provocadas por los enfrentamientos estudiantiles. En Francia se promulgó, igualmente, como consecuencia de los disturbios de mayo y del activismo subsiguiente de los grupúsculos la "Loi anticaseurs", que dio amplias atribuciones a la policía para arrestar, bajo el menor pretexto, a los activistas estudiantiles, incluso a quienes reparten propaganda calificada de "subversiva". La campaña antiestudiantil desatada por la policía italiana y por último la reglamentación de los artículos 145 y 145 bis del

Código Penal mexicano a raíz del 68, son testimonios claros del endurecimiento del sistema como respuesta a la insurgencia estudiantil.

La cuarta etapa del movimiento estudiantil, que coincide con su práctica desaparición, no es más que la consecuencia lógica de la ausencia de una organización institucional dentro del mismo, así como de la inestabilidad de su base misma. Al acercarse al fin de sus estudios, los intereses de los estudiantes cambian por completo: las incertidumbres han desaparecido, las perspectivas ocupacionales son inmediatas, la madurez da paso a actitudes más reflexivas. Se ha acusado con frecuencia a los líderes más combativos de integrarse al sistema renunciando a los ideales antes sustentados. Pero, ¿habría que atribuir esto a su flaqueza personal, o a la casi omnipotencia y omnipresencia del sistema? Nos inclinamos más bien por esto último. Las alternativas políticas que se les presentan a los estudiantes activistas al terminar sus estudios son:

Integrarse al sistema, renunciando a sus antiguos ideales, y a toda participación política; ingresar a partidos políticos de izquierda; optar por nuevas formas de organización política, o bien aislarse del sistema.

La primera alternativa es asumida por la masa de ex-activistas, que frecuentemente participaron en el movimiento por compañerismo, solidaridad coyuntural o ansia de acontecimientos novedosos. La segunda es tomada por los estudiantes que participaron en algún partido político o estaban próximos a ingresar a él. La tercera es seguida por los líderes más combativos y al mismo tiempo inteligentes, aun cuando sus intentos no han logrado manifestarse, sino en frutos aislados: clubes, revistas, editoriales, grupos de estudio, etcétera. Finalmente, quienes tratan de llevar sus posiciones radicales hasta sus últimas consecuencias, se acogen a la cuarta alternativa, formando grupos terroristas urbanos que, automáticamente, caen en la delincuencia y que dañan más a los grupos militantes de izquierda que al sistema que pretenden combatir.

En todo caso el movimiento estudiantil deberá fijarse nuevas tácticas y estrategias en el futuro. No puede destruir la universidad a cuyo amparo ha medrado, sin destruirse a sí mismo. Su participación en el gobierno universitario debe ser *institucional*, si no quiere reducirlo a la anarquía. Esta participación tiene que ser tomada muy en serio por las autoridades universitarias para el propio desenvolvimiento y renovación de la Institución. El movimiento habrá de trascender el ámbito académico y fijar su lucha en el seno de la sociedad misma, si es que quiere realmente transformarla. Por todo ello la situación actual para las universidades y para el movimiento estudiantil parece plantearse de manera distinta que en la década de los sesentas. Marcuse afirma, en *Contrarrevolución y revuelta*, que el movimiento estudiantil se desarrolla en una nueva era de represión, y que su tarea en el futuro será más de carácter defensivo que ofensivo. Según el mismo autor, el Establecimiento lleva a cabo una "contrarrevolución preventiva", una profilaxis revolucionaria tendiente a eliminar en germen los elementos potencialmente peligrosos para el mantenimiento del *statu quo*. Su acción se dirige a eliminar en las

universidades los factores adversos a la sociedad de consumo. La universidad dejaría entonces de existir en su concepción liberal para convertirse en un tecnológico al servicio de la industria. Los vínculos de las universidades norteamericanas con el Pentágono, el Departamento de Estado y la gran industria hablan muy claramente al respecto. Una vez suprimidas las características liberales de la universidad, el movimiento estudiantil quedaría cortado de raíz, ya que solamente en la universidad de corte liberal ha encontrado el medio propicio donde ha podido florecer y fructificar. No en vano la OEA proyecta a escala latinoamericana la "Universidad integral", modelo creado para ser fácilmente controlado y que pretende ser independiente del Estado, sí, pero quedando estrechamente vinculado a la empresa privada.

Tanto la estrategia de la universidad liberal para subsistir, como la del movimiento estudiantil para luchar, quedan aún por definirse. Naturalmente no pueden invocarse las fuerzas de la reacción para legitimar la inmovilidad política. Pero sí deben ser tenidas en cuenta para no rebasar los límites de tolerancia, hasta tal punto que, en un enfrentamiento prematuro, el elemento victorioso sería irremediablemente el más poderoso y mejor organizado. El movimiento estudiantil no puede competir frontalmente con el sistema establecido. Quizá no quede otra alternativa para el cambio social en la coyuntura actual, que la alianza de todas las fuerzas progresistas y liberales en una empresa común a través del camino, largo y difícil, que Dutschke llamara "La Larga Marcha a través de las instituciones".